

Las víctimas infantiles de la violencia

Una nueva sacudida de dolor y de muerte nos ha impactado: el suicidio de Diego González, un niño de 11 años, que decide que su vida, su realidad, es demasiado dura para él y que la muerte es una liberación feliz. Encoge la mente y el corazón que este niño, no haya podido aguantar su pesada carga de acoso emocional y, con solo 11 años, haya renunciado al probablemente largo recorrido por el sendero de la vida que estaba reservada para él. Realmente esta **muerte-solución tan** tremendamente trágica, te pone la piel de gallina.

Y más aún cuando uno es consciente de la amplia estadística de niños y adolescentes que apagan su vida en el anonimato, conocido solo en su inmediato entorno familiar.



En el ámbito más público recordamos otros hechos similares como otro suicidio de la adolescente canadiense Amanda Todd, de 15 años, en 2013,



víctima de un persistente ciberbullyng que la imposibilitó para seguir aguantando un estado permanente de tensión emocional, o más recientemente, el de otro niño de 13 años igualmente suicidado por no poder afrontar el ser humillado pública y reiteradamente por su padre.

Uno tampoco puede olvidar las matanzas recientes en una escuela de Canadá, que se suman a tantos otros hechos idénticos en escuelas de E.UU.



Aunque en estos casos, se habla de mentes perturbadas como desencadenante directo, detrás y más allá, hay algo muy grave que se constata en otras muchas situaciones de violencia múltiple: da la impresión de que estamos inmersos en una sociedad enferma, que permite la corrupción y el despilfarro económico que beneficia a los ricos y empobrece más a los pobres, una sociedad que enmarca la violencia como un distintivo de concreciones múltiples, y con implicaciones a veces de los más altos tentáculos de ciertos poderes económicos y políticos.

Y todos sabemos que la violencia engendra violencia.

Debemos asumir tristemente, que mientras avanzamos en tecnología y mientras unos brillantes investigadores luchan en los laboratorios para aportarnos esperanza , creando mejores posibilidades para ganar la batalla a múltiples enfermedades con mal pronóstico, en la puerta de al lado la muerte se infiltra espoleada por la lucha para conseguir los recursos a cualquier precio, por comportamientos de insolidaridad con

los que sufren, con los que carecen de posibilidades de tener un espacio digno en este mal mundo que estamos construyendo.

Parece que los intereses materiales priman sobre el valor de lo humano, entendido como la inculcación de valores, de honestidad, de respeto a los demás independientemente de lo que valen en dinero, en ubicación en zonas de confort o en capacidad de influencia.

En realidad, la sociedad siempre ha avanzado tambaleándose entre lo éticamente correcto i lo denunciabile, lo bueno frente a lo malo. El ser humano es dual y que gane la parte positiva o la parte negativa depende en gran parte del contexto en el que se mueve, de su manera de ser, incubada en el ámbito de la familia y luego en la escuelas y durante la etapa de profesionalización, y también remodelada por las influencias del entorno en el que uno actúa.

Volviendo al hecho concreto que motiva esta reflexión, me enterneció la carta que el niño de 11 años recién suicidado escribió a sus padres. Destila un gran potencial afectivo, una gran ternura, una riqueza de mensajes inusual en un niño a esta edad. Fue una despedida llena de amor, pero por ello mucho más dura e impactante para su familia, una perdida difícilmente elaborable desde la lógica.

¿Que se puede hacer para prevenir situaciones límite como ésta?

Quisiera centrarme en el problema del bullying ya que en nuestro país, 1 de cada 4 niños lo sufre.

Es un comportamiento cruel que tiene repercusiones más allá de la etapa escolar.

Vale la pena tomar iniciativas para prevenir y enfrentar este tremendo drama psicológico.

Para citar algunas que creo pueden ser útiles hay que reivindicar dos protagonismos positivos: el de la familia y la calidad de la educación, sin

olvidar el amparo y la implicación de la sociedad civil superando sus propias malas prácticas.

Estos son los grandes constructores de un modelo de comportamiento ético y cooperativo que debería cambiar la deriva cargada de agresividad y violencia que marca nuestro tiempo.

Basándonos en estos dos motores de creación de valor para un cambio de situación, la cohesión familiar, la riqueza de la relación entre los miembros que la integran son básicos. Es importante la percepción de autoridad de los padres, no en el sentido impositivo, sino en el de ser vistos como personas capaces de proteger y de orientar en la actuación correcta ante un conflicto.

Es esencial una gran proximidad de los padres hacia sus hijos, una afinada observación de sus comportamientos, de sus estados de ánimo y de manera muy especial si observamos cambios en su comportamiento.

Ante cualquier signo que genere interrogantes, compartirlo con la escuela y si procede, con un psicólogo experto en el tema.

Hay que ayudar a los hijos a la creación de una buena autoestima global, que incluye, el sentimiento de valor y fuerza mental, y también la percepción de buena capacidad física. Hay algunos programas que, sobre todo en niños tímidos o con perfiles de riesgo, pueden ser de interés. Se trata de un entrenamiento en artes marciales no con función de ataque sino como defensa y porque este sentimiento de estar preparado y sentirse capaz de defenderse, les hace menos vulnerables, les da seguridad y ésta se proyecta incluso en la mirada hacia el posible asediador, y ello puede resultar disuasorio en muchas situaciones

Los profesores son otro importante recurso de ayuda. Y aquí también debemos darles reconocimiento y respaldo social. Su imagen de capacidad y poder, ayuda en su labor de prevención y de poder afrontar el problema con eficacia.

Por desgracia, con frecuencia el sistema, ya arcaico, les sumerge excesivamente en los contenidos culturales y les queda poco margen para crear experiencias de grupo en las que puedan fluir los distintos comportamientos sociales que se podrán apreciar en grupo, valorar los “tics” de conductas provocativas o descalificativas de algún alumno y proporcionar pautas de respuesta ante el impacto del bullying.

Los profesores, actuando con decisión y seguridad, pueden reforzar el rechazo masivo de estas prácticas. Es importante que éstos actúen ya en la fase preventiva con actividades pertinentes e indiscutiblemente en los inicios del conflicto.



Aquí hay que (actuar) reaccionar con efectividad y contundencia, empezando por la redacción de códigos de actuación disciplinaria si se dan la circunstancias de asedio, en evitación de daños difícilmente superables en los alumnos que son víctimas.

También es preciso ayudar al (asediador) acosador ya que éste precisa dismantelar la problemática personal que oculta detrás de su “pantalla” de poder. A veces subyace, entre otras causas, una exigencia personal de ser fuerte, de miedo a no dar la talla que intuye que se le exige, envidia de algunas mejores cualidades en otros lo que le puede llevar a sentimientos de rabia.

Evidentemente el asediador necesita la complicidad de otros para realizar su acto de acoso. Por ello suelen ser cabecillas de algún pequeño grupo de “solidarios”

Para aquellos padres o profesores que quieran documentarse más profundamente, les recomendamos el libro del Psicólogo José R. Ubieta : **“Bullyng. Una falsa salida para los adolescentes”** (NED Ediciones)

Hay también **la “Asociación Española para la Prevención del Acoso Escolar”**

Para problemas de ámbito diverso, se puede llamar al teléfono de ANAR: 900.20.20.10

La calidad de desarrollo de nuestros niños y adolescentes es una inversión hacia ellos y hacia la creación de un futuro de más calidad en todos los ámbitos de la nueva sociedad que viene.

Jordi Balcells

Psicólogo y Pedagogo

Director de Aula Actual